

El Despertar Árabe y los activismos islámicos

Juan José Escobar Stemmann

Introducción

Resumen

El denominado «Despertar Árabe» ha supuesto el mayor factor de cambio político en el mundo árabe desde los procesos de independencia, y ha alterado profundamente la escena política de nuestros vecinos del sur del Mediterráneo y de todo Oriente Medio. Una de las principales consecuencias de los procesos de transición en curso ha sido la definitiva consolidación de los movimientos islamistas como principales actores del nuevo contexto político. La incorporación de los partidos islamistas a las tareas de gobierno, el salto del activismo religioso a la política y los intentos de Al Qaeda y de la nebulosa yihadista de sacar partido a la creciente inestabilidad que parece apoderarse del mundo árabe, nos obligan a realizar un análisis en profundidad sobre la naturaleza de estos movimientos, las diferencias entre los distintos tipos de activismo islámico, su evolución doctrinal y sus perspectivas de futuro en un contexto político dominado por el paradigma democrático.

Palabras clave

Despertar Árabe, activismo islámico, democratización, islamismo, Hermanos Musulmanes, salafismo, Al Qaeda.

Abstract

The so called Arabic awakening has become the major factor of political change in the Arab world since the independence of the Arab countries, and has altered deeply the political scene of our southern Mediterranean neighbours. One of the principal outcomes of the processes of transition in course has been the definitive consolidation of the Islamic movements as principal actors of the new political context. The incorporation of the Islamic parties to the governments of some Arab countries, the decision of some elements of the religious activism to enter into politics and the attempts of Al Qaeda and the yihadi groups to take advantage of the increasing instability that seems to affect the Arab world, obliges us to do an analysis in depth on the nature of these movements, the differences between the different types of Islamic activism, their doctrinal evolution and their future perspectives in a political context dominated by the democratic paradigm.

Keywords

Arab Awakening, Islamic activism, democratization, Islamism, Muslim Brothers, Salafism, Al Qaeda.

El 17 de diciembre de 2010, la auto inmolación de Mohamed Bouazzizi, un joven tunecino cansado de las continuas vejaciones que sufrió por la actuación de los cuerpos y fuerzas de seguridad, provocaba un verdadero cataclismo que pasará a la historia bajo la criticada calificación de Primavera Árabe, y que otros han preferido denominar Despertar Árabe. En todo caso, la muerte de Bouazzizi provocó una ola de protestas y reivindicaciones populares que afectaron simultáneamente a casi todos los países de la zona. Las consecuencias políticas de las revueltas fueron inmediatas: caída de autócratas, celebración de elecciones libres, procesos de reforma constitucional, y conflictos civiles que amenazan la estabilidad e integridad de algunos países.

El denominado Despertar Árabe ha supuesto el mayor factor de cambio político en el mundo árabe desde los procesos de independencia, y ha alterado profundamente la escena política de nuestros vecinos del sur de Mediterráneo. Probablemente, la principal consecuencia de los procesos de transición en curso haya sido la definitiva consolidación de los movimientos islamistas como principales actores del nuevo contexto político. Aunque no fueron los instigadores de las protestas ni tuvieron un especial protagonismo, los islamistas políticos han sido los principales beneficiarios de los procesos electorales en curso. Sus resultados electorales y su plena incorporación tanto a las tareas de gobierno como a los procesos de reforma constitucional que se han abierto en la región nos obligan a realizar un análisis en profundidad sobre la naturaleza de estos movimientos, sus diferencias con otros tipos de activismo islámico, su evolución doctrinal y sus perspectivas de futuro en un contexto político dominado por el paradigma democrático. Por otra parte, activistas religiosos como los movimientos salafistas han decidido saltar a la arena política y movimientos revolucionarios como Al Qaeda tratan de sacar partido a la creciente inestabilidad que parece apoderarse del mundo árabe. Todos esos factores hacen necesario analizar las consecuencias que los procesos de cambio político en curso están teniendo sobre aquellos movimientos que promueven la afirmación y la promoción activa de creencias, prescripciones, leyes y políticas de carácter islámico.

Las autocracias liberales

Pero antes de conocer esas consecuencias, que serán objeto de análisis en la presente obra, es necesario abordar la definición de los sistemas sociales y políticos del mundo árabe y tratar de explicar porqué, salvo honrosas excepciones, nadie previó este cataclismo. No son pocos los autores que han defendido tradicionalmente que el modelo social imperante en el mundo árabe y la propia configuración del islam como religión hacían muy difícil el establecimiento de verdaderas democracias.

En este contexto se aludía al neopatriarcado¹, que se definía como el producto de incorporar a la tradicional estructura patriarcal, los elementos de la modernidad importados de Occidente. Este modelo social tenía tres rasgos distintivos: la fragmentación social, lo que supone que la sociedad se estructura más en torno a la familia o al clan que en torno a conceptos como la nación o la sociedad civil; una organización autoritaria, donde conceptos como la dominación o el paternalismo priman sobre otros como la igualdad o la cooperación; y finalmente, el paradigma de lo absoluto, lo que implica que la práctica política y cotidiana se basa más en la trascendencia y en la revelación que en la legitimidad representativa.

Estos rasgos, y el hecho de que la ola de democratización que afectó a la mayor parte de los países de América Latina y Asia del este de la década de los ochenta, y de Europa del este y Asia central a principios de los 90 apenas alcanzó al mundo árabe, reforzó en el ámbito de las ciencias sociales un excepcionalismo arabo-islámico en relación a la democracia: el islam, y por extensión el mundo árabe, está irremediamente ligado a una concepción teocrática de la ciudad terrestre, y para acceder al ideal democrático debe liberarse del imperio de lo religioso. Las tendencias fundamentales de la cultura regional y de la práctica religiosa deben ser superadas más que utilizadas en cualquier tentativa que tienda a promover el pluralismo y la democracia.

¿Qué ha ocurrido entonces para que súbitamente los ciudadanos árabes hayan salido a la calle para demandar, entre otras cosas, mayores cotas de libertad política? Las tesis esencialistas han pasado por alto la propia evolución política y social del mundo árabe en los últimos veinticinco años. Desde el punto de vista de su modelo político, los países árabes se han agrupado tradicionalmente en dos grupos: las autocracias de legado cuasi revolucionario, populista, o patrimonialista; y las autocracias liberales. En las primeras la permanencia de sus dirigentes en el poder durante las últimas décadas ha obedecido a tres factores: los ingresos del petróleo, que han permitido mantener una buena parte de los subsidios y prebendas propios de un sistema clientelista; una legitimidad derivada de la idea de que la misión del estado es defender la creación de la nación árabe o la integridad de la comunidad islámica; y el carácter hegemónico de las instituciones estatales. Estas autocracias han creado poderosas

¹ Este concepto se debe al autor árabe Hicham Sharabi, que defendía la existencia de una especie de laguna cultural que condicionaba el modelo político en el mundo árabe. Sharabi señalaba que los modelos tradicionales de relaciones sexuales y las formas típicas del ejercicio del poder y de la autoridad en el seno de la familia han producido los modelos patriarcales de la autoridad política en el mundo árabe. Vid. John Waterbury. «Le potentiel de la libération politique au Moyen Orient» en Ghasan Salamé «Une démocratie sans démocrates: politiques d'ouvertures dans le monde arabe et islamique». Ed. Fayard. París 1992. Pág. 106.

organizaciones cuya principal tarea es absorber o reprimir a los rivales políticos, no dejando ningún espacio a la oposición política².

En todo caso, las autocracias totales han sido más la excepción que la regla en el mundo árabe. La mayor parte de los ciudadanos árabes han vivido en las dos últimas décadas bajo autocracias que permitían un cierto grado de apertura política, de ahí su calificativo de liberales. Precisamente, los procesos de cambio político que estamos viviendo hoy en día son el producto de una evolución que se inicia en la década de los 80, cuando una ola de agitación popular recorrió la práctica totalidad de los países árabes no productores de petróleo, provocando un proceso de liberalización política diseñado para hacer frente a la crisis. Aunque, espoleadas por las perspectivas de cambio, una amalgama de fuerzas políticas (islamistas, izquierdistas, liberales y seculares) intentó enriquecer el proceso político con la esperanza de construir una democracia competitiva, los cambios introducidos dejaron intacta la estructura fundamental del poder en la mayor parte de los países árabes. Una mezcla de pluralismo guiado, elecciones controladas y represión selectiva permitió a los regímenes hacer frente a las revueltas y diseñar un sistema político cuyas instituciones, reglas y lógica consiguieron durante muchos años desafiar cualquier modelo de democratización.

Una serie de factores permitieron el desarrollo de este tipo de sistema político. En primer lugar, y a diferencia de las autocracias totales, los líderes de estos países no han intentado imponer una única visión de la comunidad política. En su lugar, han mantenido una cierta distancia simbólica entre el estado y la sociedad dejando espacio para políticas competitivas y para la disidencia, aunque sin ceder el control final a ningún segmento del espacio político. En segundo lugar, las autocracias liberales no eran hegemónicas. Aunque con límites, permitían a los grupos de la oposición establecer raíces fuera del estado y fomentaban una cierta competición entre islamistas y no islamistas, y también entre los propios partidos islamistas. Los líderes de las autocracias liberales actuaban enfrentando a un grupo contra otro, intentando maximizar su margen de maniobra y restringir la capacidad de la oposición para trabajar conjuntamente. Curiosamente, la política del «divide y vencerás» daba a la oposición un cierto margen de maniobra que podría no obtener en una competición política abierta. Por ello, estos regímenes recibían un cierto grado de aquiescencia y a veces incluso de apoyo, tanto de la oposición islamista como de la oposición secular. Ciertos arreglos permitían a la oposición tener una voz en el parlamento, el gobierno, o incluso en el proceso de islamización que acompañó a la consolidación de las autocracias liberales, en el que el estado cedió una parte del control institucional e ideológico a los islamistas.

² Juan José Escobar Stemmann. «Oriente Próximo. El espejismo de la democratización». *Política Exterior*, 92. Marzo/abril 2003. Pág. 129.

En la mayor parte de los casos, los dirigentes de las autocracias liberales eran tanto árbitros del juego político como patronos de las instituciones religiosas. En tanto que árbitros, los dirigentes utilizan las diferencias culturales, religiosas e ideológicas para dividir a la oposición. El estado promovía una ideología tradicional que acomodaba identidades tribales, religiosas, o étnicas que competían entre sí, fomentando lo que algunos autores denominan «pluralismo cultural mínimo». Sin embargo, como patronos de la religión estos líderes utilizaban sus lazos con las instituciones islámicas para limitar la influencia de las fuerzas políticas seculares, impidiendo la consolidación de las fuerzas que defienden una lectura liberal del islam y por tanto una alternativa al antiliberalismo que caracteriza a los movimientos islamistas. Esta estrategia de islamización vino acompañada de la inclusión parcial de los movimientos islamistas moderados en la arena política, lo que trajo consigo una serie de efectos positivos como la renuncia de los islamistas políticos a la violencia o la aceptación de las reglas establecidas por el poder político³.

El paradigma de la reforma democrática

La segunda fase del proceso que nos conduce a las revueltas de la Primavera Árabe, se inicia en el año 2003 y no viene precedida de amplias protestas. Es consecuencia más bien de una presión exterior. Los atentados del 11S y la intervención militar norteamericana en Irak, empujan a un sector de la academia y de la administración norteamericana a elaborar un nuevo paradigma. Bajo la égida de la iniciativa *Greater Middle East* impulsada por la administración norteamericana y del Partenariado Estratégico de la Unión Europea con el Mediterráneo y el Oriente Próximo, se impone una nueva realidad: la democratización del mundo musulmán es necesaria para hacer frente a la extensión del yihadismo. En buena parte del mundo árabe, las autocracias liberales vuelven a relajar la presión y a organizar nuevas citas electorales más o menos libres. En casi todas se constata un mismo escenario. Los partidos islamistas se convierten en los principales beneficiarios de los procesos electorales, adelantando lo que ha ocurrido tras el Despertar Árabe. No solo muestran una especial habilidad para elaborar mensajes con atractivo popular, sino también capacidad para desarrollar estrategias políticas coherentes y crear organizaciones con una amplia base social. Los resultados fueron bien visibles. El 26 de enero de 2006 Hamas conseguía la mayoría parlamentaria al obtener 74 de los 132 escaños del Parlamento palestino, haciéndose con el gobierno de la Autoridad Nacional Palestina. Poco antes, en las elecciones legislativas celebradas el 15 de diciembre en Irak, diversos grupos islamistas chiíes agrupados en la Alianza Unida Iraquí conseguían 128 de los 275 escaños de la

³ Juan José Escobar Stemmann. «Oriente Próximo. El espejismo de la democratización». *Política Exterior*, 92. Marzo/abril 2003. Pág. 132.

Asamblea Legislativa iraquí, y la principal fuerza islamista suní, el Partido Islámico iraquí, 44 escaños más. En las elecciones legislativas celebradas en Egipto un mes antes, los Hermanos Musulmanes obtenían 88 escaños de un total de 454, habiendo presentado candidatos en apenas un tercio de las circunscripciones electorales. En Marruecos, las elecciones a la Cámara de Representantes en 2002, convirtieron al Partido de la Justicia y el Desarrollo (PJD) en el principal partido opositor, al obtener 42 escaños. En Jordania, tras haber boicoteado las elecciones de 1997, los Hermanos Musulmanes participaron en las elecciones celebradas en 2003, obteniendo 17 de los 110 escaños en juego. Un acuerdo previo entre el régimen y los islamistas redujo el número de candidaturas presentadas y limitó el alcance del apoyo del electorado al Frente de Acción Islámica. En todo caso, los islamistas consiguieron que cerca del 56% de sus candidatos presentados fuese elegido. Argelia, Líbano, Kuwait, Baréin o Yemen cuentan también con partidos islamistas integrados en el sistema político que aprovechan esta breve primavera democrática⁴.

Al amparo del nuevo contexto internacional y del propio proceso de liberalización emprendido por las autocracias liberales, se multiplican las iniciativas y las declaraciones de organizaciones de la sociedad civil y de partidos políticos árabes exigiendo un verdadero cambio democrático. Las Declaraciones de Alejandría de marzo de 2004 y Doha en junio de ese mismo año reúnen a grupos con agendas culturales e ideológicas diferentes (islamistas, nacionalistas, liberales e izquierdistas) con un objetivo común: promover las reformas constitucionales necesarias para instaurar verdaderos gobiernos parlamentarios y garantizar el principio de la alternancia en el poder⁵. Ese mismo año, los Hermanos Musulmanes egipcios hacían pública su Iniciativa de Reforma donde esta organización apuesta por primera vez por un sistema democrático, constitucional, parlamentario y republicano. El documento hace un llamamiento a otros partidos políticos para que se adhieran a una carta nacional que, entre otras cosas, reconoce al pueblo como la fuente de toda autoridad, garantiza el principio de transferencia de poder a través de elecciones libres, confirma la libertad de credo, expresión, y formación de partidos políticos, garantiza la independencia de poder judicial, o establece límites a los mandatos presidenciales. Los Hermanos Musulmanes jordanos publicaron un documento similar en noviembre de 2005, y otros partidos islamistas realizaron declaraciones expresas de apoyo a los principios democráticos⁶.

⁴ Juan José Escobar Stemmann. «Los islamistas y la democracia: ¿el debate imposible?». *Política Exterior*, 116. Marzo/abril 2007. Pág. 2.

⁵ Vid. «2004, Year of Reformation Initiatives in the Middle East». Ibn Khaldun Center for Development Studies (ICDS). Cairo, 2004.

⁶ Juan José Escobar Stemmann. «Los islamistas y la democracia: ¿el debate imposible?». *Política Exterior*, 116. Marzo/abril 2003. Pág. 6

Sin embargo la efervescencia electoral y los llamamientos a la reforma política tuvieron un corto recorrido. Los líderes de las autocracias liberales no estaban dispuestos a ceder el control que mantenían sobre la naturaleza y el alcance de la participación política y, menos aún, a emprender las reformas constitucionales necesarias para establecer gobiernos parlamentarios. El relativo éxito electoral de los partidos islamistas fue aprovechado por los regímenes para dar un toque de atención a los países que promovían abiertamente la democratización sobre los peligros que podía entrañar la llegada al poder de estas nuevas fuerzas políticas. El triunfo de Hamas en Palestina y la guerra civil que se extendía en Irak se convirtieron en el mejor argumento de las elites en el poder para no emprender las reformas constitucionales necesarias para democratizar la vida política de estos países. Las autocracias liberales volvían a dar una nueva vuelta de tuerca a su peculiar sistema político, aprobando reformas constitucionales para impedir la participación de los islamistas en citas electorales, aumentando la presión policial y acaparando de nuevo el espacio político. El Egipto de Mubarak es un caso paradigmático. En las elecciones de 2008, los Hermanos Musulmanes desaparecían del parlamento y el partido en el poder conseguía más del 80% de los escaños. Una vez más se comprobaba la capacidad de las autocracias liberales para controlar el sistema político y garantizar su supervivencia.

Pero las cosas estaban cambiando. Esta breve primavera permitió la creación de importantes contactos entre los partidos políticos y fuerzas sociales de todo el arco político del mundo árabe. Facilitó además la llegada a la dirigencia de los partidos islamistas de una generación de políticos más jóvenes y pragmáticos, curtidos en la lucha con otras fuerzas políticas en aquellos ámbitos en los que las autocracias liberales si permitieron el juego electoral: las asociaciones profesionales, la universidad y algunos sindicatos. Un nuevo consenso emerge entre las principales fuerzas políticas del mundo árabe: el futuro político de la región pasaba por la reforma constitucional y el establecimiento de sistemas parlamentarios.

En el año 2004, el PNUD publica su tercer informe sobre desarrollo humano en el mundo árabe, centrado en el análisis del estado de las libertades y derechos en el mundo árabe. Sus conclusiones eran demoledoras. Pese a los llamamientos a favor de la reforma política, el informe destacaba que las libertades de opinión, expresión y creatividad estaban bajo presión en la mayor parte de los países árabes. Los periodistas eran frecuentemente perseguidos por sus opiniones. Las libertades políticas tampoco estaban en mejor situación. Señalaba que de los 22 países árabes, solo se habían celebrado elecciones presidenciales libres con más de un candidato en Argelia, Palestina, Sudán y Yemen. Las elecciones parlamentarias eran poco más que rituales vacíos, no cumpliendo con su papel de instrumentos para la pacífica alternancia en el poder. El depri-

mente panorama se complementaba con la violación de derechos fundamentales esenciales. Los asesinatos o las desapariciones de activistas y disidentes rara vez se investigaban por parte de las autoridades. La violencia de los grupos extremistas, a través de asesinatos, atentados y enfrentamientos con las fuerzas de seguridad, provocaban un alto número de víctimas civiles. Habían aumentado el número de arrestos que se realizan en nombre de la lucha contra el terrorismo, las salvaguardas legales eran violadas, civiles inocentes eran detenidos sin cargos y en muchas ocasiones torturados o maltratados en prisiones y centros de detención⁷.

El informe, producto de la reflexión de un amplio equipo de intelectuales árabes con distintas filiaciones políticas que van desde el islamismo al liberalismo, realizaba una serie de recomendaciones, sentando las bases del consenso constitucional que parece abrirse camino entre las principales fuerzas políticas del mundo árabe: abolir el estado de emergencia; acabar con todas las formas de discriminación contra los grupos minoritarios; garantizar la independencia del poder judicial; respetar las libertades básicas de opinión, expresión y asociación; acabar con la permanencia y el absolutismo del poder sometiendo el poder ejecutivo al imperio de la ley; salvaguardar el pluralismo político permitiendo a todas las corrientes políticas organizarse y competir en la esfera pública, incluyendo a los partidos islamistas; establecer el principio de la igualdad total entre ciudadanos en términos de representación parlamentaria; garantizar la igualdad de género; promover a las organizaciones de la sociedad civil; y proteger las libertades personales a través de leyes que establezcan garantías contra los arrestos ilegales, la detención administrativa, la tortura o las desapariciones. Aunque en Occidente seguíamos apostando por la permanencia de las autocracias liberales, el informe, anticipándose a lo que ocurriría en 2011, alertaba sobre un escenario catastrofista si no se adoptaban medidas urgentes para mejorar la situación política en el mundo árabe.

El Despertar Árabe

Y lo cierto es que las revueltas que se inician en Túnez en diciembre de 2010 y se extienden rápidamente por todo el mundo árabe, nos cogió a todos por sorpresa. Ya no solo por la facilidad con la que cayeron los líderes de Túnez, Libia o Egipto, sino por la vitalidad de las protestas y su rápida expansión, que demostraban la existencia de un sustrato político y de anhelos comunes en todo el mundo árabe. Más que hacer un análisis del recorrido de distintas revoluciones, me interesa aquí resaltar una serie de características comunes que explican en cierta medida las ra-

⁷ «Towards Freedom in the Arab World». Arab Human Development Report 2004. <http://hdr.undp.org/en/reports/regionalreports/arabstates>.

zonas profundas de las protestas, antes de analizar los múltiples efectos que han tenido sobre los sistemas políticos del mundo árabe y la estabilidad de toda la zona. Las revueltas que dan pie a los cambios políticos son ante todo de movimientos ciudadanos con una clara demanda para ejercer su derechos de ciudadanía. En diversas encuestas realizadas en las primeras semanas de las revueltas la mayor parte de los encuestados señalaban como principal aspiración gozar de un estado de derecho y de una verdadera democracia. Se trataba de poner fin a la corrupción y al nepotismo y exigir la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Las mujeres juegan también un papel muy importante en el inicio de las revueltas, tras llevar años protagonizando una revolución silenciosa contra el neopatriarcado. Las revoluciones son en buena medida producto de las dinámicas de cambio que ha ido experimentando el mundo árabe en las últimas décadas. La explosión demográfica, el acceso universal a la educación, la urbanización, la modificación de la actitud de las mujeres o la propia reestructuración del modelo familiar son factores que han provocado un amplio cambio en las sociedades árabes, poniendo en tela de juicio el modelo neopatriarcal al que aludíamos anteriormente. Un ejemplo palpable de este cambio es la creciente importancia de la cultura como vehículo de expresión. Pintadas en las calles de las capitales árabes, *shows* satíricos en la televisión, teatro, poesía y cine dan voz a una sociedad que rechaza y se ríe tanto de los autócratas como de los extremistas. El rap y hip hop musulmán, con sus mensajes desafiantes, se han hecho muy populares y los videos de rap en YouTube, que protestan por la injusticia, el desempleo y el caos democrático, registran cientos de miles de visitas⁸.

La creciente frustración social de los jóvenes ha sido otro de los factores determinantes en el estallido de las protestas. Una frustración provocada por la ausencia de perspectivas de empleo o limitadas al sector informal con niveles salariales muy bajos y condiciones de trabajo precarias; una formación inadecuada para las necesidades del mercado de trabajo; un creciente acceso a la información; escasas vías de participación política y ciudadana; y un deseo cada vez más extendido de emigrar. Los países árabes del Mediterráneo tienen una media de edad de 25 años. Cerca del 70% de la población tiene menos de 30 años. Hay 60 millones de personas que tienen entre 15 y 30 años. Esta elevada proporción de jóvenes es sin duda una fuente de inestabilidad, si no se les ofrece perspectivas económicas y sociales de integración.

La situación laboral de los jóvenes es consecuencia de un sistema educativo poco propicio para su inserción laboral. Y ello pese a que desde su independencia, los países árabes han invertido en educación un porcentaje mayor a la media mundial (por encima del 5% PIB). Un reciente

⁸ Robin Wright. «Ten Trends in the New Middle East». Conferencia pronunciada en la Casa Árabe el 17 de mayo de 2013.

informe del Banco Mundial sobre reformas educativas en la región MENA, señalaba que el déficit de conocimiento, junto al déficit democrático y a la desigualdad, es uno de los grandes obstáculos al desarrollo de estos países. Buena muestra de ello es la persistencia de un alto porcentaje de analfabetismo entre los menores de 24 años, que alcanza cifras cercanas al 20%. Por otro lado, una Encuesta a Empresas del Banco Mundial realizada en 2008 puso de manifiesto que el 35,7% de las empresas de la región consideran que el principal impedimento para la contratación de jóvenes es que el sistema educativo no proporciona las capacidades necesarias que demanda el mercado laboral. Esto explica porqué la tasa de desempleo aumenta a medida que lo hace el grado de formación de los jóvenes, y porqué el desempleo entre licenciados universitarios más que duplica el de los trabajadores sin formación⁹.

El problema de integración al que se enfrentan los jóvenes no solo tiene naturaleza económica, sino también política. Pese al señalado peso demográfico de la juventud, su participación política es muy limitada a todos los niveles. El Informe sobre Desarrollo Humano en el mundo árabe de 2009 indicaba que solo el 16% de los menores de 24 años con derecho a voto lo habían ejercido alguna vez. Un porcentaje que se reducía considerablemente en el caso de las mujeres. Al mismo tiempo, la presencia de jóvenes en los principales partidos políticos es mínima. Estos datos explican el papel esencial de la juventud en las revueltas, frustrada por los salarios de subsistencia, la ausencia de protección social y la falta de oportunidades personales y profesionales. No cabe duda de que el éxito de las transiciones políticas que acaban de iniciarse dependerá en buena medida de la correcta integración de estas nuevas generaciones en la vida política, social y económica de nuestros socios del sur del Mediterráneo¹⁰.

Otro de los factores que han incidido sobre la extensión de las revueltas, muy ligado al anterior, ha sido el papel de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. La televisión por satélite, los teléfonos móviles, Internet, y las redes sociales han actuado como mecha en un polvorín provocado por la precaria situación política y socio-económica de amplias franjas de la población. La chispa que hizo estallar el polvorín fue la muerte de Mohamed Bouazzizi, grabada en un teléfono móvil, cuyas imágenes dieron la vuelta al mundo gracias a Al Jazeera y terminaron extendiéndose por Facebook y Tweeter. Las redes sociales han llegado al mundo árabe cuando su propio contexto informativo había cambiado drásticamente. Durante décadas las autocracias árabes con-

⁹ Vid. Iván Martín: «Los jóvenes en los Países Árabes Mediterráneos: ¿una generación perdida? (y como intentar recuperarla)», Consejo Económico y Social de España, Madrid 2011.

¹⁰ Vid. «Challenges to Human Security in the Arab Countries». Arab Human Development Report 2009. <http://www.arab-hdr.org/publications/other/ahdr/ahdr2009e.pdf>.

siguieron controlar el flujo de información a través de un férreo control de los medios de comunicación. La aparición de Al Jazeera a finales de los noventa fue el inicio del fin del monopolio informativo de las autocracias y la consolidación de un espacio político informativo común en el mundo árabe. El rápido crecimiento de Internet en la década del 2000 introdujo una nueva dimensión en la escena informativa, reduciendo aún más el control que las autocracias ejercían sobre el espacio informativo. El acceso universal a Internet, la eclosión de los teléfonos móviles y las redes sociales va a dar a los jóvenes urbanos del mundo árabe una nueva herramienta de protesta que no tardaría en demostrar su efectividad. Al iniciarse las revueltas, Facebook contaba con 21 millones de usuarios en el mundo árabe. Es cierto que no se debe exagerar la importancia de las redes sociales y del factor tecnológico. Se ha señalado con razón que «twitter no causa las revoluciones». Pero también es cierto que «las revoluciones fueron tuiteadas». Por ello, no debe subestimarse la capacidad de las redes para promover la acción colectiva, limitar los mecanismos de la represión estatal, y afectar a la propia imagen del país en el exterior. Aunque también es cierto que la fácil penetración de las redes por los servicios de seguridad de las autocracias ha convertido a estas en un arma de doble filo. El factor tecnológico ha incidido también en la propia naturaleza de las revueltas, caracterizadas por la ausencia de líderes y su descentralización. En este contexto, las revueltas árabes son muy similares a las que surgieron en diversas ciudades europeas. Grupos descentralizados de jóvenes con dificultades para articular políticamente su protesta y convertir la misma en una alternativa de poder. Quienes se beneficiaron del impulso dado por los jóvenes en el mundo árabe fueron los partidos políticos, y sobre todo los islamistas, que se incorporaron a la revolución una vez iniciada la marcha¹¹.

Las revueltas han tenido también causas económicas. Como ocurrió en los años ochenta, uno de los detonantes de las protestas fue la subida del precio de los productos básicos. El precio del trigo y otros cereales, básicos en la dieta alimenticia del mundo árabe subieron un 45% durante 2010¹². Curiosamente, cuando mejores eran las perspectivas que las instituciones financieras internacionales ofrecían sobre la economía de estos países, tras años de ajuste y privatizaciones, las revueltas ponían de manifiesto el profundo malestar de una población contra un sistema político, que no solo no permitía el juego democrático, sino que monopolizaba un sistema económico que solo beneficia a las elites y provoca

¹¹ Vid. Sahar Khamis y Catherine Vaughn. «Cyberactivism in the Egiptian Revolution: How Civic Engaement and Citizen Journalism Tilt the Balance. Arab Media and Society». *Issue 14*. Summer 2011.

¹² Vid. José María Blanco «Primavera Árabe. Protestas y revueltas». Análisis de factores. Instituto Español de Estudios Estratégicos, 2011. Disponible en: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2011/DIEEE052-2011Primaveraarabe.pdf.

profundas diferencias de renta y disparidades regionales. La conflictividad social crece a partir del año 2004 en la mayor parte de los países árabes. Egipto es nuevamente un caso paradigmático. Pese a la represión policial, desde ese año se producen más de 3.800 acciones de protesta que llegan a afectar a más de dos millones de trabajadores. Los nuevos sindicatos jugaron un papel muy importante en las revueltas ya que catalizaron la participación de los trabajadores en las mismas.

Los procesos de transición política que se han iniciado como consecuencia de las protestas van a estar muy condicionados por la situación económica. Nuevamente el PNUD alertaba hace unos años sobre el crecimiento de la población y su incidencia en la actividad económica. Señalaba que los países árabes no productores de petróleo tenían el porcentaje de desempleo más alto de los países no industrializados, más de un 20%, alcanzando el desempleo juvenil cifras cercanas al 40%. Debido a la creciente incorporación de jóvenes al mercado de trabajo, el informe ponía de manifiesto que solo para estabilizar el actual nivel de desempleo en los próximos diez años, sería necesario crear 45 millones de puestos de trabajo, lo que implicaba crecimientos medios del PIB del 7% anual¹³. Esos crecimientos no se han producido y probablemente la situación hoy sea aún más compleja. Con este panorama, es fácil predecir un deterioro de la situación social en los próximos años. Si los países árabes no experimentan un periodo prolongado de crecimiento económico, con los consiguientes cambios sustanciales en los estándares de educación, calidad y estilo de vida, será difícil augurar un proceso similar al que llevó a determinados países asiáticos como Taiwán o Corea del sur hacia el cambio democrático.

Reforma o revolución

Pese a la existencia de una serie de características comunes en las distintas manifestaciones del Despertar Árabe, no cabe duda de que cada país afectado ha emprendido su propio camino, condicionado por las propias características de su sistema político. Si centramos nuestro análisis en el Norte de África podremos comprobar que las revueltas dieron lugar a dos tipos de respuestas. Por un lado, los líderes de Marruecos y Argelia consiguieron evitar que los disturbios provocaran un cambio de régimen, introduciendo una serie de reformas de distinto calado político. En Marruecos las manifestaciones de protesta que dieron origen al denominado movimiento de 20 de febrero, motivaron la reacción del rey Mohamed VI, quien, adelantándose a los acontecimientos y desde su privilegiada posición de árbitro y parte del campo político, promovió una reforma constitucional de signo aperturista, que fue refrendada ampliamente en

¹³ Vid. «Creating Opportunities for Future Generations». Arab Human Development Report 2009. <http://www.arab-hdr.org/publications/other/ahdr/ahdr2002e.pdf>.

el referéndum de julio de 2011. Las elecciones generales adelantadas que tuvieron lugar el 25 de noviembre de 2011 dieron como vencedor al islamista moderado Partido Justicia y Desarrollo de Abdelillah Benkirán. Se trata del primer partido islamista en acceder al Gobierno marroquí, donde comparte responsabilidades en coalición con el conservador Istiqlal, el Movimiento Popular, de base beréber y el más laico Partido del Progreso y Socialismo.

Durante su primer año y medio en el Gobierno, Abdelilah Benkirán ha logrado mantener una buena relación con Palacio, haciendo méritos para abonar la confianza que el rey depositó en él tras ganar las elecciones en noviembre de 2011. En ese sentido, ha hecho importantes concesiones, consintiendo que el rey vaya un poco más allá de lo que establece la nueva Constitución en el reparto de papeles entre ambos (por ejemplo en el nombramiento de altos cargos). Reitera constantemente su adhesión al rey y defiende con vigor el sistema monárquico para Marruecos. Pero al mismo tiempo procura, bien de forma velada o bien a través de otras figuras del PJD, recordar a sus bases y a la opinión pública que el entorno del rey le impide gobernar como él quisiera, para evitar repetir la experiencia de los socialistas en los años noventa, que dilapidaron en el gobierno el caudal de legitimidad que habían acumulado durante décadas de oposición. A todas luces, el mensaje ha pasado: el PJD ha ganado con facilidad en las elecciones parciales que ha habido en los últimos meses, incrementando incluso su porcentaje de voto. La conflictividad social ha disminuido visiblemente, a pesar de que la economía marroquí creció en 2012 en torno al 3%, un punto y medio menos que el año anterior, que había sido muy problemático. Por lo que respecta al programa de reformas derivado de la nueva Constitución y que requiere un desarrollo legislativo importante, se constata una cierta ralentización en ritmo y la intensidad del impulso inicial. De las 20 leyes orgánicas previstas, tan solo se han publicado seis, y de los 203 textos legislativos previstos, se han aprobado 67. Quedan pendientes de regulación cuestiones importantes como la libertad de prensa, la reforma de la justicia, o la promoción de la igualdad de género. Por el momento, todo hace pensar que la población marroquí está de acuerdo con la reforma constitucional impulsada por Mohamed VI, por lo que ahora sus demandas se dirigen hacia el primer ministro Benkirán y a su gobierno, y se focalizan en la mejora de sus condiciones económicas y sociales.

En Argelia también se inició un proceso de reforma algo más lento, condicionado sin duda por las enseñanzas de la guerra civil que asoló al país durante los años noventa. Ante la oleada de protestas ciudadanas en los primeros meses de 2011, el presidente Buteflika anuló el 22 de febrero de 2011 el estado de excepción, vigente desde 1991. Pocos meses después anunciaba un programa de reformas políticas que se ha concretado en la adopción de una serie de leyes orgánicas en materia de régimen electoral, incompatibilidad con el mandato parlamentario, representación de

la mujer, partidos políticos, información, y asociaciones. Este programa también incluye una reforma de la Constitución para la cual se constituyó el pasado 8 de abril una comisión encargada de redactar el anteproyecto de reforma. Sobre la base de las nuevas leyes electorales el 10 de mayo de 2012 se celebraron elecciones legislativas, en las que el FLN y el RND, partidos del sistema, fueron los más votados obteniendo 221 y 70 escaños respectivamente de un total de 462. Los diferentes partidos islamistas moderados obtuvieron unos pobres resultados (un total acumulado de 58 escaños sobre los 452 posibles) que contrastaban con las expectativas generadas tras el éxito de partidos similares en las elecciones de Egipto, Túnez y Marruecos. Los partidos islamistas más radicales, liderados por los antiguos jefes del Frente Islámico de Salvación (FIS), no obtuvieron la autorización del gobierno para presentarse a los comicios, lo que provocó que hicieran un llamamiento a boicotear las elecciones.

No obstante, la gran cita electoral es la que tendrá lugar en abril de 2014, fecha en que se celebrarán las elecciones presidenciales. En los últimos meses se perfilaba la posibilidad de que el presidente Buteflika pudiera presentarse a un cuarto mandato. No obstante, dado su delicado estado de salud (fue evacuado el pasado 27 de abril al hospital militar Val de Grâce de París tras sufrir un ataque al corazón) esta posibilidad parece excluida. Su eventual salida de la escena política podría llevarnos a dos escenarios diferentes: mantenimiento del *statu quo* (lo que podría generar a medio plazo un profundo descontento de la población de un país que no ha experimentado cambios significativos como en otros países de su entorno); o una transición pacífica de la mano de un candidato capaz de concitar el consenso necesario para llevar a cabo las reformas necesarias, y dispuesto a sacrificarse para dar paso a un relevo generacional. El descontento de la población puede crecer de manera significativa a medio plazo, especialmente en caso de que deba reducirse el apoyo económico a amplios sectores de la población.

Los casos, por orden cronológico, de Túnez, Egipto, y Libia pueden calificarse de verdaderas revoluciones ya que trajeron consigo la caída de sus dirigentes. Todos comenzaron por protestas populares reprimidas por las autoridades, y que fueron incrementando su intensidad a medida que lo hacía la represión, hasta conseguir la caída del régimen. Puede apreciarse un aumento gradual de la violencia que ha sido necesaria para alcanzar este cambio. Mientras en Túnez bastó con el respaldo de la comunidad internacional a las protestas, en Egipto la presión exterior tuvo que ser mucho más explícita. En Libia, la caída de Gadafi fue posible gracias al apoyo que recibieron los rebeldes de una fuerza aérea internacional. En Túnez, tras de la caída del régimen de Ben Ali, se celebraron las primeras elecciones para la Asamblea Constituyente en octubre de 2011, de las cuales salió como vencedor el partido islamista moderado En Nahda. Consciente de la necesidad de contar con el mayor apoyo posible, el partido de Rashid Ghanuchi decidió contar con dos partidos

más para formar un gobierno que dispusiera de una amplia mayoría en la Asamblea Constituyente: Ettakatol y Congreso para la República (o CPR). De esta forma, la coalición de gobierno en Túnez ocupa actualmente 141 de los 217 escaños del hemicycle y los líderes de los tres partidos se han repartido los principales cargos de poder.

Aunque Túnez siempre ha sido considerado como el país con más posibilidades de realizar una transición exitosa y convertirse en modelo para el resto de las transiciones árabes, la situación política se ha deteriorado en los últimos meses. La Constitución sigue sin ser aprobada, pese a que el borrador inicial fue consensuado el pasado mes de abril, lo que ha impedido la convocatoria de nuevas elecciones parlamentarias y presidenciales. El debate entre secularismo e islamismo se ha ido intensificando en los últimos meses, e incluso ha hecho rebrotar la violencia. El asesinato del líder opositor Choukri Belaid, puso de manifiesto además el deterioro de las relaciones internas tanto en el seno de la coalición como de Ennahda y terminó provocando la caída del primer ministro Jebali y su sustitución por el antiguo ministro del Interior Ali Laarayedh. Se ha producido asimismo un incremento del extremismo religioso en Túnez, representado sobre todo por la corriente salafista cuyo principal grupo es Ansar Al Sharia. Ennahda ha intentado mantener un equilibrio entre sus socios laicos de gobierno y sus potenciales aliados islamistas. Desde el gobierno se ha insistido en que la persecución y criminalización de los salafistas sería contraproducente. Sin embargo, todo parece indicar que dicho equilibrio se ha roto y el gobierno está mostrando una mayor firmeza contra el desafío salafista. A mediados de mayo se registraron combates contra grupos terroristas en los montes Chaambi (región fronteriza entre Argelia y Túnez) y el gobierno vio muy cercana la amenaza del radicalismo islámico. El primer ministro Laarayedh prometió enfrentarse a los grupos radicales y anunció un mayor control sobre las mezquitas y sobre el discurso de los predicadores. Así pues, el actual gobierno tunecino se enfrenta a una situación muy complicada: por un lado debe hacer frente a la acuciante situación económica; por el otro, debe superar con la extrema polarización de la población entre islamistas y secularistas, a la vez que debe luchar contra el auge de los movimientos yihadistas radicales y sus reclutamientos¹⁴.

En Egipto, al igual que sucedió en Túnez, tras el triunfo de los Hermanos Musulmanes en las elecciones legislativas y el de su candidato a las elecciones presidenciales, Mohamed Morsi, las esperanzas depositadas en el proceso de transición también empezaron a desvanecerse. En noviembre de 2012, el presidente Morsi promulgaba una declaración constitucional en virtud de la cual sus decisiones quedaban sustraídas del control judicial hasta que la nueva constitución fuera promulgada.

¹⁴ Vid. Marina Ottaway. «Learning Politics in Tunisia». Wilson Center, 2013. Disponible en: http://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/learning_politics_in_tunisia.pdf.

Pocos días después, el presidente de la Asamblea Legislativa sorprendía a todos anunciando que la Asamblea se hallaba en condiciones de aprobar el proyecto constitucional que habría de ser sometido a referéndum; una Asamblea de la que se habían retirado previamente los diputados no islamistas, tras denunciar el recurso abusivo a la mayoría por parte de los Hermanos Musulmanes y sus aliados. Ambas decisiones suscitaron el rechazo inmediato de la práctica totalidad del arco político no islamista egipcio, provocando la creación del Frente de Salvación Nacional, una nueva organización que agrupa a las fuerzas liberales, izquierdistas y nasseristas, y una nueva ola de protestas en las principales ciudades egipcias. Aunque el presidente Morsi modificó la Declaración Constitucional, mantuvo su intención de someter el proyecto constitucional a referéndum, que se celebró finalmente en dos fases los días 15 y 22 de diciembre de 2012, siendo finalmente apoyado por el 62% de los votantes.

La desconfianza entre los distintos actores implicados en el proceso de transición no ha hecho más que aumentar desde entonces. El pasado 26 de febrero, las fuerzas seculares agrupadas en el Frente de Salvación Nacional, alegando la ausencia de un marco jurídico transparente y justo, anunciaban su decisión de boicotear las elecciones legislativas, cuya primera ronda debería haberse celebrado el pasado 26 de abril. El 6 de marzo, la jurisdicción administrativa sometió al Tribunal Constitucional la ley electoral para que examinara su constitucionalidad y suspendió las elecciones legislativas hasta que el Tribunal Constitucional se pronuncie. Como consecuencia de este bloqueo los islamistas (Hermanos Musulmanes y salafistas) se han convertido en los únicos partidos con presencia institucional en Egipto, frente a una oposición secular que desconfía de la genuina vocación democrática de los islamistas. Los liberales han decidido movilizarse en la calle, tratando de recuperar el «espíritu de la plaza de Tahrir». Sin embargo las últimas manifestaciones han adquirido un cariz nihilista y destructivo con la incorporación de elementos antisociales que carecen de objetivos políticos concretos. Por otra parte, el aparato del estado, y más concretamente el poder judicial, se ha convertido en el principal contrapeso de los islamistas. Por el momento, la clase política egipcia ha mostrado una incapacidad total para llegar a acuerdos que permitan consensuar los elementos básicos del nuevo sistema político egipcio. La responsabilidad es compartida. Los Hermanos Musulmanes, como fuerza mayoritaria tienen una especial responsabilidad en el liderazgo de la transición y en el deber de incluir en ella a todas las fuerzas políticas. Por ello no pueden desvincularse del fracaso del diálogo. La oposición secular, por su parte, con su boicot a las elecciones legislativas no ha hecho más que demostrar su incapacidad para formar un bloque coherente y atraer electores. Prolongar en el tiempo la deslegitimización sistemática de las instituciones y de los procesos electorales solo puede llevar al fracaso de la propia transición democrática, como ha puesto de

manifiesto la interrupción del proceso democrático liderado por el general Sisi el pasado 2 de julio, y cuyas consecuencias analizaremos en el próximo epígrafe¹⁵.

En Libia, tras una corta pero cruenta guerra civil y el asesinato de Gadafi, el país parece iniciar la senda de la estabilidad con la celebración el 7 de julio de 2012 de las primeras elecciones pluralistas en los últimos 60 años. A diferencia de lo sucedido en los países vecinos, en estas elecciones salió como vencedora una coalición moderada no islamista: la Alianza de Fuerzas Nacionales, una coalición de 65 partidos liberal-nacionalistas dirigida por Mahmoud Jibril. Así, el Consejo Nacional de Transición que se había encargado de liderar el país durante el proceso de lucha contra el antiguo régimen hasta la celebración de estas primeras elecciones quedó finalmente disuelto. En su lugar, y hasta la redacción de una nueva constitución, es el Congreso General de la Nación quien lleva las riendas del país. Sin embargo, la inestabilidad no ha tardado en aparecer. El proceso de la redacción de la nueva Constitución se ha ralentizado. Aunque en principio el proceso debía terminar en mayo de este año, fue solo en febrero, cuando finalmente se eligieron a los 60 miembros que formarán parte de la comisión encargada de redactar el nuevo texto constitucional¹⁶.

El principal problema del país en estos momentos sigue siendo la seguridad. La presencia de brigadas armadas descontroladas es el mayor desafío de las nuevas autoridades libias. Las iniciativas para poner bajo su autoridad a las brigadas, así como para recoger armamento (se estima que en Trípoli hay más de un millón de armas) están teniendo escaso éxito. Los recientes enfrentamientos entre brigadas y ciudadanos en Bengasi que causaron la muerte a más de treinta personas han puesto de manifiesto la necesidad de acelerar el proceso de desarme de las milicias, que el Gobierno pretende llevar a cabo, antes de que finalice el año. Las amenazas son de distinta naturaleza en las diferentes regiones: en Trípoli la seguridad se está deteriorando debido a la colusión de las milicias con actividades criminales y la presión política que ejercen contra las autoridades. El atentado contra la embajada francesa el pasado 23 de abril incrementó los niveles de alarma. Un nuevo atentado contra un vehículo de la embajada italiana el pasado 12 de junio vino a confirmar el deterioro de la seguridad en la capital y el incremento de los ataques contra objetivos occidentales. En Bengasi, segunda ciudad del país, la violencia organizada tiene carácter político, con la actuación de grupos islamistas radicales. En las regiones del interior predominan las tensiones

¹⁵ Vid. Nathan Brown. «Islam and politics in the New Egypt». *Carnegie Endowment for International Peace*, 2013. Disponible en <http://carnegieendowment.org/2013/04/23/islam-and-politics-in-new-egypt/g0se>.

¹⁶ Vid. Carlos Echeverría. «La difícil estabilización de Libia». Instituto Español de Estudios Estratégicos, 2013. Disponible en: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2013/DIEEE045-2013_EstabilizacionLibia_C.Echeverria.pdf.

tribales y étnicas, derivadas de antiguos conflictos territoriales. Especialmente preocupante es la situación en el sur del país en un contexto de inestabilidad regional en el Sahel, ante las dificultades para controlar el territorio y el movimiento de distintos tráficos ilícitos. Esta región puede convertirse en un territorio sin control estatal, posible refugio para todo tipo de terroristas y criminales.

Junto a la situación de seguridad es necesario destacar la propia inestabilidad política. La Ley de Aislamiento Político (LAP) aprobada el pasado 5 de mayo excluye de la participación política y administrativa a una relación detallada de excargos del régimen anterior por un periodo de diez años. Entre los probables afectados por la aplicación de la norma destacan importantes personalidades como el presidente del Congreso Nacional General, Mohamed Magarief (fue embajador en la India antes de pasar a la oposición en 1980), o el líder de la liberal Alianza de Fuerzas Nacionales, Mahmoud Jibril, entre otros. El ministro de Interior acaba de presentar su dimisión y es posible que los responsables de Defensa y Justicia lo hagan en breve. Se estima que una aplicación razonable de la medida podría afectar a unas 5.000 personas, y una más estricta multiplicaría esta cifra por diez. El proceso de adopción de la ley, que ha sido una reivindicación constante de los milicianos a la que se han sumado los partidos islamistas que defienden la medida como la única capaz de garantizar los logros de la revolución, ha sido muy polémico tanto por el contenido de la misma, como por el contexto en el que se ha desarrollado, ya que las brigadas han ejercido una fuerte presión ocupando militarmente, ante la pasividad e incapacidad de las autoridades, la sede tanto del parlamento como de varios ministerios. La aplicación de esta ley vuelve a situar prácticamente al Gobierno libio en el punto de partida de hace siete meses, que no es otro que el de intentar lograr la designación de nuevos miembros del gobierno que cuente con el apoyo de un Congreso fuertemente atomizado, con dos agravantes: la victoria moral de los brigadistas que han logrado imponer su visión con el ejercicio de la violencia política, y por otro lado la creciente dificultad para encontrar un reemplazo a los líderes naturales en un panorama carente de alternativas aparentes.

¿El fin de la herencia Sykes-Pycot?

El Despertar Árabe en Oriente Próximo ha sido mucho más convulso y bastante menos uniforme que en el Norte de África, donde pese a las dificultades que acabamos de enumerar hay procesos de transición en marcha que deberían dar paso a sistemas políticos más abiertos o democráticos. Aunque las protestas se extendieron en Oriente Próximo a casi todos los países, en esta zona del mundo árabe no ha habido grandes cambios. Diversos factores explican este estado de cosas. En primer lugar, es aquí donde se sitúan los principales países productores de pe-

tróleo. En los países del Golfo las protestas solo tuvieron un importante calado en Yemen, Kuwait y sobre todo en Bahrein, aunque en este último país las revueltas fueron interpretadas en clave sectaria, como veremos posteriormente. En principio, los países del Golfo consiguieron desactivar las protestas aumentando los fondos destinados a políticas sociales. El alto nivel de renta per cápita de estos países eliminaba uno de los factores esenciales en las revueltas y permitía a sus gobiernos manejar más fácilmente las protestas sociales. De los grandes productores de crudo, solo Kuwait tuvo que hacer frente a protestas más intensas, debido fundamentalmente a la crisis política que provocó la disolución del Parlamento.

El principal foco de inestabilidad en el Golfo sigue estando en Yemen, donde las protestas terminaron obligando al presidente Saleh a dimitir, tras la intervención mediadora del Consejo de Cooperación del Golfo y la aprobación de la ley de inmunidad, que permitía a aquel abandonar el poder sin ser encausado. Con ello se iniciaba la segunda fase del proceso de transición cuyo principal hito fue la convocatoria de elecciones presidenciales en febrero de 2012, que ganó Abd Rabbuh Mansur al-Hadi, ex-vicepresidente de Saleh y único candidato de consenso para llevar a cabo la transición. El presidente Hadi ha ido poco a poco asumiendo el control del país y consiguiendo el cese de varios familiares del expresidente Saleh que seguían ejerciendo diversos cargos de importancia en el ejército. No obstante, numerosos interrogantes siguen planeando sobre el proceso de transición política en Yemen. La influencia del expresidente Saleh sigue siendo notable en el país. Muchos de sus allegados controlan los resortes del poder, y su partido sigue en el Gobierno, aunque coaligado con la oposición. Especialmente preocupante es la situación de seguridad en el país. La debilidad del gobierno está facilitando las acciones de Al Qaeda, que se muestra cada vez más activa tanto en secuestros como en ataques terroristas. En la actualidad, Al Qaeda mantiene su presencia en las gobernaciones de Al-Shabwa, Lahij, y en las ciudades de Adén, Taiz y Hadramaut.

Otra de las causas que han condicionado el desarrollo de las revueltas en Oriente Próximo ha sido sin duda la fragmentación sectaria que caracteriza a la mayor parte de los países que se encuentran en esta región, y que los diferencia de los países del Norte de África, cuyas sociedades son mucho más homogéneas. De ello, las revueltas han traído consigo la exacerbación de las lealtades tribales, étnicas, religiosas y geográficas provocando una intensificación de la fragmentación intraárabe. Especialmente preocupante es la creciente intensificación del conflicto sectario entre chiíes y suníes. Durante mucho tiempo los componentes de las distintas fracturas sectarias que recorren esta parte del mundo árabe-islámico vivieron en paz. Pero en las últimas décadas la situación se ha deteriorado. Casi todos los países suníes consideran que la revolución iraní diseñó un proyecto religioso frente al proyecto nacionalista que imperaba

en el mundo árabe. Los chiíes, apoyados por la política expansiva de Irán, se han expandido por todo el mundo árabe en detrimento de las comunidades suníes utilizando la cuestión sectaria para extender su influencia. La intervención norteamericana en Irak y la caída de Saddam Hussein provocaron un cambio muy importante en el balance de fuerzas en la región, integrando a Irak bajo la órbita iraní y provocando la persecución de la minoría suní, que ha pasado de defender un proyecto nacional a defender un proyecto propio. Desde su nacimiento como estado, Irak fue el escudo protector de la península arábiga frente al expansionismo persa. El sectarismo iraní, señalan los intelectuales árabes, ha terminado provocando la expansión del sectarismo suní¹⁷.

Lo cierto es que llevamos años contemplando una guerra fría entre Irán y Arabia Saudí. El primero cuenta como aliados a Siria, Irak y a Hizbuláh en el Líbano. El segundo trata de evitar por todos los medios que Irán siga extendiendo su influencia. Este conflicto regional explica porqué las revueltas en Baréin no llegaron a producir cambios políticos. En el contexto general de la Primavera Árabe, las manifestaciones que se producen en febrero de 2011 en la Plaza de la Perla de la capital Manama, reflejaban el malestar de una mayoría chií que se sentía discriminada política y económicamente por parte de la minoría suní que gobierna el país. Sus autoridades denunciaron la supuesta injerencia iraní, y las tropas de los países del Consejo de Cooperación del Golfo, en especial saudíes, no tardaron en intervenir militarmente para sofocar las revueltas. No hay que olvidar que tanto Arabia Saudí como otros países del Golfo cuentan con importantes minorías chiíes que podrían convertirse en un elemento de desestabilización de las monarquías del Golfo.

El conflicto civil en Siria se ha convertido en el paradigma de este conflicto sectario en el que se están redefiniendo las fronteras del poder regional. Lo que se inició como una protesta en demanda de apertura política y de mejores condiciones socio-económicas ha terminado degenerando en un conflicto civil con importantes implicaciones regionales. De nuevo, las revueltas se interpretaron en clave sectaria e Irán, junto con su aliada Hizbulá, no tardó en acudir al auxilio del régimen de Bashar Al Assad. El apoyo que el régimen sirio está recibiendo de Rusia y sobre todo de China, tiene mucho que ver con las nuevas relaciones energéticas. Los nuevos contratos de exploración petrolíferos que están firmando Irak e Irán se están realizando con empresas chinas y rusas, lo que ha situado a estos dos países en el campo chií. Frente a esta coalición, Turquía y los países del Golfo han optado por apoyar abiertamente a los rebeldes. Estados Unidos y la Unión Europea, reticentes en un primer momento a implicarse en el conflicto, han terminado apoyando también a la oposición. La situación es extremadamente compleja. Tras una serie de victorias de las fuerzas rebeldes, el régimen sirio ha conseguido

¹⁷ Wahad Khanfar. «Sectarism in the Arab World». Intervención en el VII Foro de Al Jazeera. Doha, 16 de marzo de 2013.

equilibrar la balanza militar, sobre todo tras reconquistar en junio de 2013 la ciudad de Qusair, donde contó con la implicación directa de fuerzas militares de Hizbulá. La implicación de las milicias libanesas en la guerra en Siria ha provocado un llamamiento a la yihad por parte de destacados líderes religiosos del mundo árabe y ha dado alas a los grupos que giran en torno a la órbita de Al Qaeda, que defienden abiertamente la necesidad de acabar con las fronteras que impusieron artificialmente Francia y el Reino Unido tras la primera guerra mundial¹⁸.

Ante la creciente internacionalización del conflicto y conscientes de la gravedad de la situación, EE.UU. y Rusia están intentando sentar a los contendientes en una mesa de negociación. El pasado 7 de mayo, el secretario de Estado norteamericano, John Kerry y el ministro de Asuntos Exteriores ruso Serguei Lavrov anunciaban una iniciativa para convocar una conferencia de paz en Ginebra. El objetivo es conseguir el fin de la violencia, garantizar la soberanía y la integridad territorial de Siria, nombrar un gobierno de transición y conseguir el acceso sin restricciones de las organizaciones humanitarias. La complejidad de los intereses en juego ha obligado a posponer la fecha de la conferencia. El gobierno sirio defiende que no abandonará el poder hasta que se apruebe una reforma constitucional y sea sometida a referéndum; la oposición sigue dividida sobre la conveniencia de participar en la conferencia y los grupos yihadistas están ganando terreno en el interior del país. Hay que determinar además el papel que puede jugar Irán, ya que el fracaso de la diplomacia regional en Siria es en parte producto de las crecientes tensiones con Irán en relación a su programa nuclear¹⁹.

La intensificación del conflicto sectario ha sido la principal consecuencia de las revoluciones en esta parte del mundo árabe. Desde Basora a Beirut se está produciendo un colapso de las estructuras heredadas. Hay un claro riesgo de que el conflicto sirio termine extendiéndose a Líbano, donde ya se han producido choque entre partidarios y detractores del régimen sirio en Sidón y Trípoli. Y la siguiente víctima podría ser Irak, que viene sufriendo un aumento importante de los atentados sectarios, que solo en el mes de mayo produjeron más de mil víctimas mortales. Si no se pone fin al conflicto sirio y se garantiza la integridad territorial de este país, toda la zona corre el riesgo de entrar en una espiral de desestabilización que podría poner fin a las fronteras diseñadas tras la primera guerra mundial por los representantes de Francia y el Reino Unido.

¹⁸ El 3 de enero de 1916, Mark Sykes, representando a Gran Bretaña y George Picot, representando a Francia, acordaron repartirse los territorios del Imperio Otomano, si este era derrotado en la I Guerra Mundial. Francia recibiría Siria y su zona costera, el actual Líbano, y el Reino Unido recibiría el actual Irak. En base a este acuerdo se definirían las fronteras futuras de los estados árabes de la zona.

¹⁹ Vid. Julian Barnes y Daniel Levy. «Syria: The Imperative of De-Escalation». European Council of Foreign Relations. May 2013.

Islamismos en (r)evolución: el activismo político

Decíamos al iniciar este capítulo introductorio de esta obra, que el objetivo fundamental de la misma es analizar las consecuencias que el Despertar Árabe ha tenido sobre el islamismo. De ahí el título de la misma: «Islamismos en (r)evolución: movilización social y cambio político». Por ello creo que es importante actualizar conceptualmente el término islamista. Siguiendo la terminología del International Crisis Group²⁰, el término islamismo debe ser entendido como sinónimo de activismo islámico, es decir, la afirmación y la promoción activa de creencias, prescripciones, leyes y políticas de carácter islámico. Desde esta perspectiva hay numerosas corrientes que tienen en común fundar su activismo sobre las tradiciones y enseñanzas del islam. El discurso occidental ha tenido tendencia a representar el activismo islámico como un fenómeno más o menos unitario, ya se domine islamismo, islam político o fundamentalismo islámico, y a oponer este fenómeno a la práctica del islam en tanto que creencia religiosa de los musulmanes ordinarios que pertenece a la esfera privada. El islamismo sería en consecuencia el asunto de una minoría de agitadores que explota la fe de sus correligionarios con fines políticos. Esta visión está fundada sobre premisas erróneas. El islam es menos una religión de paz que una religión de derecho. Por ello, el islam está directamente interesado en el gobierno y tiende en consecuencia a poseer un aspecto político. Tampoco se puede atribuir a los musulmanes ordinarios una forma de creencia religiosa que pertenece a la vida privada. Para la mayoría de los musulmanes, el islam está intrínsecamente ligado a la cosa pública en la medida de que no solo supone una comunidad de creyentes (*umma*) sino que contiene y transmite un cuerpo de prescripciones jurídicas y morales que constituyen un proyecto de orden social.

Desde esta perspectiva cabe destacar la existencia de tres grandes corrientes que tienen en común fundar su activismo sobre las tradiciones y enseñanzas del islam. Se trata de movimientos y organizaciones que comparten principios religiosos y referencias textuales, aunque no objetivos ni comportamientos. Parten de diagnósticos distintos sobre la situación de la sociedad musulmana y ofrecen también soluciones distintas. La primera corriente puede ser calificada de islamismo político, en la medida que incluye a los movimientos que dan prioridad a la acción política, que buscan el poder a través de la participación en las instituciones y que, rasgo característico, se constituyen en partidos políticos. Rechazan el uso de la violencia salvo en aquellos casos en los que un movimiento islamista político es obligado a operar bajo ocupación extranjera²¹. Aun-

²⁰ «Understanding Islamism». International Crisis Group. Middle East/North Africa Report N°37 – 2 March 2005

²¹ Juan José Escobar Stemmann. «Los islamistas y la democracia: ¿El debate imposible?». *Política Exterior*, 116. Marzo/abril 2007. Pág. 3.

que el activismo islamista nace en los años 20 del siglo pasado, con la fundación en 1927, por Hassan Al-Banna, de la organización de los Hermanos Musulmanes en Egipto, su presencia en el mundo árabe comienza a vislumbrarse en la década de los setenta, fruto de una serie de factores exógenos (derrota árabe frente a Israel, fracaso de las ideologías importadas y del nacionalismo árabe, revolución iraní) y endógenos, íntimamente ligados a la situación interna de los distintos regímenes árabes. Para hacer frente al auge de la izquierda más radical, especialmente en los medios intelectuales y académicos, los gobiernos apoyaron el nacimiento de distintas asociaciones islamistas para poder controlar las universidades y hacer frente a la expansión de los grupos izquierdistas.

Es en la década de los ochenta cuando se consolidan estas asociaciones como las principales fuerzas opositoras a las autocracias liberales. Lejos quedan los tiempos en los que los regímenes utilizaban a los islamistas para hacer frente a la oposición secular. Asociaciones como Reforma y Renovación de Abdelilah Benkiran en Marruecos, el Movimiento para la Tendencia Islámica de Rachid Ganouchi en Túnez o el Frente Islámico de Salud de Abassi Madani en Argelia se convierten en partidos políticos para tratar de participar en los tímidos procesos de apertura política que se desarrollan en la zona a finales de los ochenta como consecuencia de las denominadas «revueltas del pan», producto de la crisis económica y del alza del precio de los productos básicos. Los partidos islamistas de esa época defendían un modelo de sociedad política diferente al de Occidente, basado en el establecimiento de un Estado islámico regido por la *sharía* y que niega conceptos centrales de la democracia como la soberanía popular o la defensa de los derechos humanos.

Los partidos islamistas son hoy organizaciones de masas que han ocupado el lugar que antaño representaron los movimientos de liberación nacional y los partidos de izquierda. Han sabido destilar una larga y compleja tradición filosófica en eslóganes simples (el islam es la solución) que suplantaron rápidamente al panarabismo y al socialismo renovando con un lenguaje religioso el discurso nacionalista nacido en la independencia. Su ideario político ha sufrido, sin embargo una evolución determinada por tres variables fundamentales: el objetivo de mantener y extender su influencia política y social; su deseo de adaptarse al contexto político de los estados donde estos movimientos operan; y las lecciones derivadas de experiencias precedentes. Los movimientos islamistas no son inmunes al paradigma democrático y su participación en el juego político ha facilitado esta evolución doctrinal, aún inconclusa y salpicada de ambigüedades. La evolución ideológica y la ambigüedad se dan la mano en dos cuestiones básicas para determinar el futuro rumbo de los islamistas: su posición ante el pluralismo político y el uso de la violencia. Ya hemos señalado que hasta finales de los 80, los islamistas se enorgullecían de defender un modelo de sociedad política diferente a la de Occidente, basada en la creación de un Estado

islámico. La guerra civil argelina, y el fracaso de la insurgencia islamista en Egipto provocan a partir de la década siguiente un proceso de reevaluación doctrinal para evitar la represión gubernamental y aprovechar la creciente demanda de reforma en la región. El reconocimiento de la soberanía popular (donde antes no existía más que la *hakimiyya* o soberanía de Dios), la celebración de elecciones libres y justas o el establecimiento de gobiernos parlamentarios, son conceptos que comienzan a entrar en el vocabulario de los partidos islamistas. No solo aceptan que las fuerzas seculares sean actores políticos legítimos, sino que comienzan a contemplarlos como aliados potenciales en la batalla en favor de las reformas. Los islamistas entran de lleno en la retórica de la liberalización política y adoptan una nueva terminología. En todo caso los islamistas no han dado totalmente la espalda a sus orígenes ideológicos. En todas las organizaciones existen tensiones entre el viejo ideal de crear un Estado islámico y el nuevo objetivo de convertirse en actores influyentes en sistemas más pluralistas. El carácter dual de estos movimientos como organizaciones políticas y movimientos religiosos explica parte de esas tensiones. El contexto social también genera ambigüedad. Los movimientos islamistas han tenido un importante impacto sobre las costumbres sociales y, en parte como consecuencia de su activismo, en las tres últimas décadas se ha producido un proceso de reislamización impulsado por los propios regímenes. Las sociedades musulmanas se han hecho más conservadoras.

Por lo que respecta al uso de la violencia, las autocracias liberales acusaban a los islamistas de mantener tendencias violentas y revolucionarias. Sin embargo, la realidad demuestra que la mayor parte de los movimientos islamistas políticos ha renunciado a la violencia como arma política. Las reacciones de las organizaciones islamistas a las medidas represivas de los distintitos regímenes han demostrado que su compromiso con la no violencia es real, aunque en algún momento han utilizado coacciones e intimidaciones para imponer su agenda en determinadas instituciones como las universidades o las asociaciones profesionales. No obstante dicho compromiso desaparece cuando se alude a la cuestión palestina o a la intervención militar en Irak. De hecho, la evolución política hacia la aceptación del pluralismo ha venido acompañada en los últimos años por un proceso de radicalización de su discurso en temas de política exterior. Los islamistas se han convertido en los herederos del nacionalismo árabe, adoptando el discurso antioccidental y antiimperialista que caracterizó a aquel durante años.

La presente obra trata de analizar en profundidad tanto los cambios sociales que acompañan a la evolución del islamismo político, como el desempeño de los islamistas una vez en el poder. Hayzam Amirah Fernández nos relata en el primer capítulo, titulado «Religión y religiosidad en un mundo árabe cambiante: Implicaciones sociales y políticas» las transformaciones sociales, ideológicas y en la cultura política de las sociedades del Norte de África

y Oriente Medio, así como las nuevas formas que está adquiriendo el islam político y que suelen pasar desapercibidas en los análisis que se hacen desde fuera de la región. Más allá del activismo político de grupos como los Hermanos Musulmanes, cada vez están más presentes en este ámbito, grupos de orientación salafista, predicadores religiosos, o incluso jóvenes sin adscripción partidista que se consideran a sí mismos islamistas. Esa mezcla de islamismos, con frecuencia difusa y sin una jerarquía clara, está provocando conflictos a distintos niveles (estructurales, generacionales, organizativos, etc.) que no harán más que aumentar en el corto y medio plazo. El profesor Amirah señala que en el mundo árabe se están produciendo movimientos tectónicos cuyas consecuencias aún no se pueden vislumbrar en toda su magnitud, pero donde la religión y la religiosidad juegan un papel central. Por ello, se hace necesario superar la visión que, durante décadas, se ha tenido de los movimientos islamistas. En el nuevo contexto sociopolítico que se abre con el Despertar Árabe, muchos ciudadanos de la región están adaptando las pautas ideológicas y de comportamiento creadas por islamistas en otras épocas con el fin de adecuarlas a sus necesidades en el mundo que los rodea. Las nuevas tecnologías de información y comunicación están permitiendo que esas transformaciones se produzcan a un ritmo muy rápido.

Por su parte, Miguel Hernando de Larramendi, en el segundo capítulo, titulado «El islamismo político y el ejercicio del poder tras el Despertar Árabe. Los casos de Egipto, Marruecos y Túnez», señala que los movimientos islamistas han sido las organizaciones que mejor han sabido capitalizar sus años de oposición, su proximidad a las necesidades sociales de una población pauperizada y su imagen de honestidad frente a la corrupción y las desigualdades sociales. Estos factores explican en gran medida las victorias electorales cosechadas por el movimiento al-Nahda en Túnez, por los Hermanos Musulmanes en Egipto y por el Partido de la Justicia y el Desarrollo (PJD) en Marruecos. El Despertar Árabe ha acabado con su imagen de víctimas de los regímenes autocráticos al tiempo que les ha obligado a adaptar su discurso y sus tácticas electorales a un nuevo contexto en el que el campo islamista se ha hecho más plural. El lenguaje político ha tendido a eclipsar a la retórica religiosa en unos programas electorales que ponían el énfasis en la lucha contra el autoritarismo, la corrupción y en la mejora de la situación económica. La politización de los movimientos salafistas y las diferencias generacionales han multiplicado el número de partidos políticos creando un espacio de competencia interislamista entre actores que compiten en un mismo espacio ideológico, tratando de ampliar su influencia más allá de sus círculos tradicionales. El profesor Hernando de Larramendi, nos muestra como, legitimados por sus resultados en la urnas, los partidos islamistas en Egipto, Túnez y Marruecos se enfrentan al reto de asumir responsabilidades ejecutivas en un contexto de dificultades económicas e incertidumbres sociales y económicas. Sus victorias electorales y la llegada al gobierno no se traducen automáticamente en una toma efectiva del poder. La forma de acceso al gobierno y la capacidad real de

ejercer el poder varía de un caso a otro dependiendo del contexto interior y de la correlación de fuerzas.

El activismo religioso

La segunda corriente está representada por el activismo misionario y religioso, que rechaza el activismo político y se concentra sobre la actividad de predicación para reforzar la fe, preservar la cohesión de la comunidad musulmana y defender el orden moral que la sostiene. Los misioneros del movimiento *Tabligh* y los predicadores salafistas son exponentes de esta corriente, en la que cabría también incluir a los representantes del denominado islam oficial, (representado en instituciones como la universidad de *Al Ahzar* en Egipto o la *Zaituna* en Túnez), cuyo discurso moral coincide a menudo con el de los predicadores fundamentalistas. Aunque tradicionalmente el activismo religioso ha huido de la actividad política, el Despertar Árabe ha tenido consecuencias muy importantes para estos movimientos y muy especialmente para el salafismo, que se ha convertido en un actor fundamental, tanto por su acceso a la política, como por su creciente expansión en la práctica totalidad del mundo árabe. Cuando hablamos de salafismo nos referimos a un término ambiguo que ha servido a lo largo del tiempo para designar diversas realidades sociológicas e históricas muy diferentes entre sí. El término proviene de la raíz *salaf* que significa preceder. En el léxico islámico se utiliza para denominar a los seguidores de *al salaf al salih*, los virtuosos padres de la fe que fueron compañeros del profeta. Dado que estos aprendieron el islam directamente de las fuentes, los salafistas consideran que fueron ellos los que comprendieron el verdadero significado de la religión. Los salafistas pretenden erradicar las impurezas introducidas durante siglos de práctica religiosa. Las interpretaciones que no se basan en las fuentes originales de la religión son contempladas como distorsiones que alejan a los musulmanes del camino hacia Dios. Los salafistas han construido un método (*manhaf*) para la búsqueda de la verdad religiosa. Se trata de una metodología para determinar la correcta interpretación de la religión basada en el Corán, la Sunna y el modelo de los primeros musulmanes²².

Este método está basado en una serie de conceptos centrales. El principal es el *tawhid*, o la creencia en la unicidad de Dios. Otro de los conceptos esenciales dentro de la ideología salafista es la *bida'*, o innovación en la fe. Sus seguidores argumentan que dado que el Corán y la Sunna revelan la verdadera naturaleza del islam, cualquier innovación es una distorsión de la vía hacia Dios y debe ser rechazada. Los salafistas dedican también mucha atención a la ciencia de los hadices. Consideran que tras el Corán, los hadices constituyen la fuente más importante de conocimiento

²² Juan José Escobar Stemmann. «El salafismo en Europa». *Política Exterior*, 105 Mayo/junio 2005. Pág. 2.

religioso y de guía, ya que ofrecen el mejor ejemplo de cómo el islam era practicado cuando se introdujo por primera vez. Por último, para los salafistas la división de los musulmanes en escuelas separadas es una práctica inaceptable porque solo pueda haber una interpretación o juicio correcto. Por ello argumentan que la verdad se encuentra en las fuentes y no en los textos de los juristas. El salafismo es por tanto una vía y un método para la búsqueda de la verdad religiosa. Un deseo de practicar el islam tal y como fue revelado al profeta. Evitar la *bida'*, una estricta adherencia al principio del *tawhid* y un deseo de trascender las diferencias entre las distintas escuelas reflejan la misión salafista y su deseo de localizar la verdad religiosa en las fuentes originales del islam.

En el tercer capítulo de esta obra, el profesor Juan Ignacio Castien Maestro, titulado «Las corrientes salafistas: puritanismo religioso, proselitismo y militancia», señala que las corrientes salafistas han ido adquiriendo una creciente influencia social en varios países musulmanes, lo que obliga a tomar en cuenta su posible papel en los procesos de cambio político en curso en una gran parte del mundo árabe, subrayando el riesgo de contraponerlas de manera demasiado mecánica al islamismo más moderado, sin tener en cuenta la porosidad entre ambas tendencias. El artículo del profesor Castien se ocupa en primer lugar de situar al salafismo en relación con otras corrientes dentro del islam. Constituye una respuesta fundamentalista al problema de cómo conciliar la ley revelada y el mundo secular, un problema que acompaña al Islam desde su nacimiento, pero que se ha agudizado con la modernización experimentada en los dos últimos siglos. El salafismo pretende someter la vida social por entero a una ley islámica interpretada de un modo sencillo y rígido. Ello le separa del islamismo político, que es mucho más flexible. El salafismo se presenta, así, como un paradigma casi perfecto del fundamentalismo suní, caracterizado por una interpretación literalista de los textos sagrados y una desconfianza intensa y explícita de la razón humana.

Sus orígenes se remontan a los primeros siglos del islam, especialmente con la escuela jurídica hanbalí y el desarrollo de la misma por parte de Ibn Taymiyya y sus discípulos. Recibió un enorme impulso con el desarrollo del wahabismo por Mohamed Ibn Abdel Wahab en la península arábiga a partir del siglo XVIII. Actualmente constituye una corriente extremadamente puritana y con una fuerte tendencia al repliegue sobre sí misma. El salafismo se caracteriza, de este modo, por promover una clara diferenciación identitaria con respecto a los demás musulmanes y, por supuesto, frente a los no musulmanes. El salafismo cuida mucho la práctica correcta, la ortopraxia, en los modos de comer, de rezar y sobre todo en la indumentaria, por medio de la cual adquiere una mayor visibilidad. La ruptura relativa que promueve con los musulmanes más tibios, ayuda a sus partidarios a sentirse miembros orgullosos de una elite. Constituye también un medio de desafiar a las autoridades tradicionales. Se lucha contra la tradición por medio de la tradición. Dentro del islam,

sus enemigos principales son los chífes y las formas populares de sufismo. Una parte del salafismo se ha inclinado hacia la violencia yihadista, pero otros sectores han logrado un relativo acomodo con la sociedad, al tiempo que otros han creado movimientos políticos que han recabado un notable éxito electoral, especialmente en Egipto. Está por ver si esta coexistencia con un mundo más secularizado y esta participación en el juego político pueden propiciar con el tiempo una mayor moderación en sus doctrinas y sus prácticas.

Activismo yihadista

Finalmente la tercera corriente integra al activismo yihadista, representado por la franquicia Al Qaeda y la nebulosa de grupos que han declarado la guerra a Occidente y a los regímenes árabes. Las formas violentas del activismo islámico son el producto de la radicalización de la tendencia más conservadora del activismo religioso. Aunque sus objetivos puedan ser políticos en el amplio sentido de la palabra, no pretenden ni ganar elecciones ni cambiar gobiernos. Sus motivaciones siguen siendo esencialmente religiosas. Existe un cierto consenso en señalar que hasta la década de los 90, el activismo religioso es ante todo un movimiento pietista y apolítico que no plantea retos al poder establecido. Ello explica el amplio apoyo que reciben de Arabia Saudí e incluso la utilización que determinados regímenes hicieron del conservadurismo salafista para contrarrestar a los movimientos islamistas más políticos. Es a partir de esa década cuando comienza a perfilarse una clara separación entre lo que se ha denominado salafismo académico (*salafiyya al ilmiyya*) y el salafismo yihadista o combatiente (*salafiyya al jihadiyya*). El punto de partida lo constituye la guerra del Golfo. Arabia Saudí responde a la invasión iraquí de Kuwait invitando a las tropas norteamericanas a estacionarse en su territorio. Académicos salafistas, hasta entonces inmersos en el pietismo apolítico se radicalizan. La lucha contra los infieles (*kafir*) se convierte en una obligación religiosa y en el principal *leit motiv* de los nuevos salafistas. El concepto de *takfir* (acto de declaración de apostasía) se convierte en el principal punto de fricción entre los salafistas y fractura al movimiento en todo el mundo árabe.

Los salafistas más radicales basan su interpretación de la yihad en los escritos de Ibn Taymiyya. Como él, consideran que las acciones de los gobernantes que van contra la ley islámica pueden ser utilizadas como pruebas a la hora de declararlos apóstatas. El *takfir* se convierte en un instrumento que puede ser utilizado para oponerse a cualquier régimen a través de la lucha armada. El principal impulsor de este nuevo enfoque es Isam al Barqawi, mejor conocido como Abu Mohamed al Maqdisi, ciudadano jordano que ya en 1984, durante su estancia en Afganistán, publicó un libro denominado *El credo de Abraham (Millat Ibrahim)*, donde desarrolla la doctrina de la yihad basada en la tradición wahabita. El

salafismo radical se funde con el wahabismo más intransigente. En paralelo a la evolución del salafismo, en Afganistán va tomando cuerpo la ideología yihadista, que terminará fundiéndose con aquel. El principal impulsor de la misma sería Abdalah Azzam, fundador en 1984 de la *Maktab al Kidamat* (MAK), oficina de reclutamiento de los árabes que se desplazaron a ese país para luchar contra los soviéticos, y que ejercería una influencia determinante sobre Osama Bin Laden. En un lenguaje épico, místico y fantástico, Azzam elabora una visión del mundo construida sobre el rigorismo salafista, los llamamientos al martirio, y el permanente estado de humillación en el que vive la *umma* como consecuencia de la actuación de los «cruzados y los sionistas», que tendría una influencia decisiva sobre el radicalismo yihadista que se desarrolla durante la década de los 90²³.

El radicalismo yihadista adopta su actual configuración gracias a la aportación de algunos ideólogos radicados en territorio europeo como Abu Qatada, para algunos padre espiritual de Al Qaeda, quien en su obra *al Yihad al lytihad* sienta las bases de esta corriente radical en torno a tres ideas fundamentales: El único medio de edificar el estado islámico y la instauración del poder divino es el combate, cualquier otro medio es rechazado, en especial la predicación o la participación política; El combate es una obligación religiosa; la prioridad en el combate se concede al enemigo cercano (los regímenes árabes) y no al lejano (Occidente). Estas ideas impregnan hasta el final de la década de los 90 el ideario de organizaciones como el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate en Argelia. La internacionalización del salafismo combatiente y su fusión con la ideología yihadista se consolida bajo el impulso de Bin Laden cuya declaración de guerra a Occidente, impulsada con la creación en 1998 del Frente Islámico Mundial para la Yihad contra los judíos y cruzados, provoca que los grupos que se forman para conceder apoyo logístico a Al Qaeda, comiencen a dirigir sus miras hacia Occidente. La lucha ya no se limita al enemigo cercano sino que se dirige también contra el lejano. El salafismo combatiente asume la internacionalización de la Yihad que se deriva de la experiencia afgana, y se convierte en la ideología base del nuevo islamismo radical.

El Despertar Árabe ha traído consigo una serie de consecuencias importantes para los movimientos yihadistas. Si bien los pilares doctrinales de Al Qaeda han quedado claramente debilitados tras las revueltas, hemos visto cómo paralelamente al relativo declive de esta organización han ido apareciendo toda una constelación de grupos yihadistas en la región que se están aprovechando de la creciente inestabilidad que está acompañando a los procesos de cambio político en la zona. Santiago Velasco, en el cuarto capítulo de esta obra titulado: «Al Qaeda: origen, evolución y

²³ Vid. Juan José Escobar Stemmann. «La nueva Al Qaeda». *Política Exterior*, 119. Septiembre/octubre 2007.

su presencia hoy en el mundo» analiza este fenómeno poniendo de manifiesto la conexión de Al Qaeda con el mundo árabe, estudiando el estado actual de la organización en diversos países, y subrayando las implicaciones que la presencia de grupos yihadistas en el Norte de África y en el Sahel tienen para la seguridad de nuestro país.

El conflicto sectario en Oriente Próximo y el África Occidental

Tras analizar las diferentes manifestaciones del Despertar Árabe y sus consecuencias sobre los distintos tipos de islamismos, la presente obra concluye con dos capítulos específicos dedicados a analizar dos cuestiones de suma importancia para comprender los sustratos en los que se mueven las distintas manifestaciones del islam en la actualidad. Federico Aznar analiza en el quinto capítulo, denominado «Identidad y geopolítica: la instrumentación de las fracturas religiosas», las bases de la lucha sectaria que enfrenta hoy a suníes y chiíes que, como vimos en el análisis del Despertar Árabe en Oriente Próximo, constituye hoy uno de los hechos fundamentales sobre los que giran los principales problemas políticos de la zona. Su inclusión en esta obra obedece precisamente a la necesidad de conocer que hay detrás de la exacerbación de las lealtades y del aumento de la fragmentación en esa parte del mundo árabe. El profesor Aznar subraya que existe una sobrevaloración de las claves religiosas que obvia el necesario análisis y la ponderación de aspectos ideológicos y nacionalistas. La instrumentalización de la identidad, la mezcla de manipulaciones conscientes dirigidas y de complicidades y negligencias inconscientes, o el efecto de los sectarismos sobre las relaciones interislámicas son analizadas para explicar la instrumentación de las fracturas religiosas. La crisis siria es analizada desde esta perspectiva, ofreciendo elementos para comprender porqué se ha convertido en el principal campo de batalla de la lucha sectaria entre chiíes y suníes.

Por último, esta obra ha querido incluir entre sus capítulos el análisis del creciente impacto que el islam está teniendo en el África Occidental. En su sexto capítulo, titulado, «Impacto y transformaciones del islam en África Occidental», José Manuel Albares nos muestra como los movimientos de corte yihadista que se han concentrado en el norte de Mali en los últimos años y que actúan en varios países del Sahel, así como los constantes atentados de Boko-Haram en Nigeria han trasladado el epicentro de un fenómeno tradicionalmente asociado con Oriente Medio o el Magreb al África Subsahariana y en concreto, al África Occidental. Esta situación es ciertamente novedosa, dado que hasta hace muy poco tiempo, nadie pensaba que el islam fuera a jugar un papel realmente relevante en África Occidental, la región de África Subsahariana más cercana a España, los *vecinos* subsaharianos de nuestro país. En general, la historia del islam de los pueblos de África Occidental es de convivencia pacífica con esta religión. El autor señala que el proceso de

islamización del África negra se ha realizado mediante la adaptación a la estructura de la sociedad y al derecho familiar tradicionales de las poblaciones locales evitando las normas islámicas que iban en contra de las tradiciones ancestrales. El islam de África Occidental ha sabido dotarse de unas características que lo arraigan y vinculan con la más antigua tradición africana. No fue la fuerza de los árabes sino la socialización de los beréberes lo que puso el cimiento del islam en el África Occidental. El autor subraya y demuestra que la imagen de un islam combatiente y yihadista que puede tenerse hoy en día como consecuencia de los acontecimientos en el Sahel no se corresponde con realidad histórica del islam de la región. Al contrario, debe mucho a influencias externas a la zona como son la llegada de grupos yihadistas de países magrebíes: argelinos, libios, tunecinos o tuaregs fuertemente armados que habían pertenecido al ejército de Gadafi y salen de Libia tras la caída de este. Desde el punto de vista del islam, el interés de esta región de África Occidental radica en primer lugar en su posición de *bisagra* entre las denominadas «dos Áfricas» (la magrebí y la subsahariana) con la zona del Sahel (palabra árabe que significa *frontera*). El cambio más profundo en África Occidental en los últimos años y el mayor desafío para el islam en la región es la aparición de distintos grupos yihadistas con dos grandes epicentros: el norte de Mali pero con acción e influencia en toda la banda del Sahel (AQMI, MUYAO, Ansar Dine) y el norte de Nigeria (Boko-Haram y Ansaru). Por ello, José Manuel Albares se pregunta si la aparición de estos dos focos de yihadismo en África Occidental anuncia un cambio en las formas tradicionales del islam en la región, llegando a la conclusión de que, aunque estos grupos representan una amenaza de primer orden para la estabilidad de la región, el África Occidental seguirá practicando un islam tolerante, poco rigorista y mucho más impermeable a las ideas rigoristas del salafismo que otras regiones del mundo musulmán.

En definitiva, con este Cuaderno el Instituto Español de Estudios Estratégicos ha querido analizar de forma global, convocando a diversos expertos del mundo académico, militar y diplomático, las consecuencias que los procesos de cambio político que se han iniciado en el mundo árabe han tenido sobre las distintas manifestaciones del islamismo. Una tarea compleja, pero sin duda necesaria para entender las claves de lo que está ocurriendo actualmente en el mundo árabe.

¿El regreso de las autocracias liberales?

Cuando este capítulo introductorio iba a entrar en imprenta, el Ejército egipcio, tras varias semanas de protestas multitudinarias contra el presidente Morsi convocadas por el movimiento Tamarod, decidía interrumpir el proceso democrático y poner fin al primer gobierno islamista egip-

cio surgido tras las elecciones celebradas en junio de 2012. De nuevo se plantea un choque entre islamistas y ejército que hace recordar el fin de la experiencia democratizadora argelina en 1991, o la reacción del presidente Ben Ali de Túnez en 1992. En esta ocasión, la intervención militar era producto de la creciente polarización e incapacidad de la clase política egipcia para alcanzar políticas de consenso, de los errores cometidos por el propio presidente Morsi, al que sus detractores acusaban de intentar instaurar un estado islámico, y de la propia intransigencia de los sectores liberales y seculares, agrupados en torno al Frente Nacional de Salvación.

El nuevo contexto político que instauraban las revueltas del Despertar Árabe, con una mayoría social y electoral de los partidos islamistas, una oposición secular y liberal dividida y minoritaria, pero con fuerte presencia en el mundo económico y lazos con los remanentes del antiguo régimen, y unas fuerzas militares y de seguridad que conservaban intactos sus privilegios y prerrogativas, obligaban a los nuevos gobiernos islamistas a diseñar políticas de consenso para tratar de ahuyentar el espectro de un estado dominado por el discurso islamista. En ningún lugar era más necesario buscar consensos que en Egipto. Sin embargo, el presidente Morsi no quiso o no pudo diseñar esas políticas. Sus acciones de gobierno provocaron una creciente desconfianza de los sectores que habían liderado la revolución contra Mubarak. No fue consciente de que su triunfo en las elecciones presidenciales por pocos puntos de diferencia ante Ahmad Shafik, el último primer ministro de Mubarak, mostraba un país muy dividido y le obligaban a ejercer como presidente de todos los egipcios y no como un simple portavoz de los Hermanos Musulmanes. Erróneamente, la oposición liberal y secular pensó que la intervención de los militares podría reconducir el proceso de transición, obligando a los Hermanos Musulmanes a mostrar más flexibilidad. Su decidida apuesta por la caída de Morsi y la campaña liderada por el movimiento Tamarod e impulsada por los remanentes del antiguo régimen para movilizar a millones de ciudadanos dieron la coartada perfecta al general Sissi para interrumpir el proceso democrático.

Lamentablemente, todo parece indicar que la intención de los militares egipcios es otra. La presión que está ejerciendo contra los militantes de los Hermanos Musulmanes, con las detenciones de sus principales líderes, el cierre de medios de comunicación y la represión con armas de fuego de las manifestaciones a favor del presidente Morsi, apuntan hacia la expulsión de los Hermanos Musulmanes del campo político. Un retorno a épocas del pasado. La democracia y los islamistas vuelven a ser incompatibles. Las elites de las autocracias liberales vuelven a ocupar su lugar y no parecen dispuestas a negociar con la Hermandad. Una vez más se impone en el mundo árabe la máxima que señala que «el que gana se lo lleva todo». Aquellas prefieren el ostracismo de la Hermandad y un eventual recurso a la violencia armada que terminaría de situar a

los Hermanos Musulmanes fuera de la ley y de un eventual retorno a la arena política. Las continuas referencias a la lucha contra el terrorismo para calificar la actuación de las fuerzas de seguridad egipcias contra la Hermandad parecen confirmar este extremo.

La intervención del ejército en Egipto es una muy mala noticia para los procesos de transición democrática que se habían iniciado en el norte de Africa. Lamentablemente, Túnez puede ser la próxima víctima. La creciente polarización de la clase política, la incapacidad del gobierno de coalición para mejorar la situación de los ciudadanos tunecinos y la presión de los remanentes del antiguo régimen pueden terminar creando las mismas condiciones que dieron lugar al golpe egipcio, pese a que los líderes del principal partido islamista tunecino han demostrado una mayor flexibilidad y pragmatismo en sus relaciones con la oposición. Por ello es importante que el proceso tunecino siga su curso para demostrar que la cohabitación política entre islamistas, partidos seculares y fuerzas armadas es posible. Solo así será posible avanzar en los procesos de democratización en el mundo árabe.

La alternativa a los procesos de transición democrática inclusivos no es otra que la inestabilidad y un creciente recurso a la violencia. La exclusión del islamismo político puede empujar a muchos de sus militantes a la acción armada, convergiendo con la creciente expansión de los movimientos yihadistas en toda la zona y haciendo más borrosas las líneas de separación de los distintos tipos de islamismos que hemos tratado de analizar en esta obra. Ese parece ser el objetivo de los que han interrumpido el proceso político en Egipto. Los islamistas políticos deberían ser conscientes de ello y demostrar, pese a la represión, que su apuesta por la democracia y el rechazo a la violencia no tiene vuelta atrás. Otro tanto deberán demostrar las fuerzas liberales y seculares. No hay democracia sin la inclusión de todos los actores políticos. Un retorno al pasado no hará más que repetir la historia.